

**Leoncio Villanueva**

**Huellas y fragmentos**

## El nuevo milenio

Son muy pocos los artistas latinoamericanos a los que podemos referirnos como visionarios capaces de permitirnos penetrar en la aventura visual del próximo milenio. Dentro de la plástica peruana, Leoncio Villanueva ha sido el único que ha podido crear, a través de una iconografía personal, el descubrimiento de un mundo nuevo, el develamiento de un misterio que se renueva en cada uno de sus cuadros para plantearse inagotable, revitalizándose en sus planteamientos, volviendo tan ilimitados los caminos a transitar como las posibilidades del pensamiento.

Muchas veces ocurre que encasillar una obra como la de Leoncio Villanueva dentro de las nociones de lo que algunos consideran arte latinoamericano, puede resultar una limitación para su aprehensión, porque son varios los teóricos que han solido fijar parámetros de lo que somos y lo que nuestros artistas son capaces de hacer. Y a pesar de ello, la pintura de Villanueva, abierta a la universalidad y simultáneamente adherida a sus orígenes, resulta esencialmente latinoamericana, entendida en el más amplio sentido del término, porque hablamos de un pintor particularmente dotado, cuyo dominio técnico, unido a la solidez conceptual, le ha permitido tamizar la experiencia de su autoexilio europeo volcándolo a su experiencia vital. De este modo, factura e imaginación confluyen para otorgar verosimilitud a imágenes intensas que revelan rituales ocultos, estelas impensadas y un universo liliputiense en el cual se unen poesías y tensiones para hablarnos de la vida que se encuentra hacia el otro lado del espectro.

Si hablamos de Villanueva, identificándolo como latinoamericano, es porque su obra reúne nuestras aparentes contradicciones que él se encarga de acentuar a través de una perseverancia en sus convicciones: más que rehuir del cosmopolitismo o sumarse a la tendencia hegemónica, sigue sus propias vías, hurgando en nuestra fauna urbana para transformarla en magia cotidiana que sólo puede ser visible para aquéllos, que, como él, asumen con libertad el acto de crear y de mirar. Cosmopolita y local, urbana y rural, occidental y andina, son términos que en apariencia resultan opuestos para los apegados al dogmatismo cultural, pero esos enfrentamientos son precisamente los que nos nutren, los que dan lugar a esa idiosincrasia que permite ver con ojos propios la realidad.

Son éstas las razones por las cuales una pintura como la de Villanueva resulta iniciática ante extraños al enigma de sus galaxias, a la arquitectura subterránea, a las ciudades sólo posibles en el espacio de aquellos cuadros que exigen del espectador un permanente enfrentamiento entre la memoria de lo vivido y el sueño de la razón. Sólo que el sueño de Villanueva no produce monstruos, porque no hablamos del pintor del grito sino del creador de fábulas visuales que se renuevan invitándonos a participar en ellas.

El regreso de Villanueva a América Latina, particularmente a México, y finalmente su residencia en Lima, ha influido notablemente en reflexiones que han conducido a variados contenidos y diversas luminosidades en las que el estallido de color reemplaza a las penumbras de antaño, y los antiguos sacrificios hoy se tornan en desafiantes iguanas que reptan en la superficie en espera del ojo del espectador. Nosotros, los que logramos penetrar en este espacio de experiencias místicas y alucinaciones míticas, llegaremos a comprender cómo, a través del devoto ejercicio de la pintura, el universo que Villa-

nueva crea, puede ser tan enigmático y a la vez tan real, que se nos presenta, al mundo desde el cual miramos al suyo, como ese perfecto refugio, invitándonos a una aventura visual que constituye un verdadero viaje por los meandros de la imaginación.

*Luis Lama*

## LEONCIO VILLANUEVA

A lo largo de los años setenta, sus delicados dibujos, en tonalidades oscuras, llevaban ya en ellos lo esencial del vocabulario de esta arqueología que dibuja los paisajes de su memoria (pirámide, pluma, escalera, caparazón de armadillo, conchas...).

La pintura, que se va a convertir en su verdadera forma de expresión en el transcurso de los años ochenta, va a permitirle extender su iconografía arquetípica a otras nuevas representaciones (paracaídas, serruchos, tubos de neón...). Villanueva proyecta su imaginario en estratos verticales u horizontales e instala así su discurso como una ofrenda entre tierra y cielo. Estas especies de altares-tótems rinden homenaje a la dualidad de la cultura de un artista cuyo onirismo se emparenta a un sueño despierto y consciente.

Desde su retorno a América Latina, se ha abierto a un imaginario más sereno pero también más sensual. Su paleta deslumbrante de amarillos, rojos o azules dan la vida a un planeta donde el cactus, la iguana y pequeños hombres o seres imaginarios han exorcizado la esterilidad de los objetos de la urbanidad en el gozo de un rito iniciático reencontrado.

*Christine Frérot*

PINTURA VILLANUEVA

## PINTURA VILLANUEVA

PINTURA VILLANUEVA

PINTURA VILLANUEVA

PINTURA VILLANUEVA

## PINTURA VILLANUEVA

## PINTURA VILLANUEVA

## PINTURA VILLANUEVA

PINTURA VILLANUEVA

PINTURA VILLANUEVA

## PINTURA VILLANUEVA

PINTURA VILLANUEVA

PINTURA VILLANUEVA

PINTURA VILLANUEVA

PINTURA VILLANUEVA

## PINTURA VILLANUEVA

PINTURA VILLANUEVA

PINTURA VILLANUEVA

PINTURA VILLANUEVA

PINTURA VILLANUEVA